

CAPÍTULO III

LA DISCRIMINACIÓN: VIOLENCIA Y NEGACIÓN DEL OTRO

ALGUNAS CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS

*Sea cual fuere el motivo, todo homicidio y
todo atentado contra la persona es
un crimen contra la humanidad*
Mahatma Gandhi ¹¹⁹.

1. Una cuestión preliminar

En 1951 el filósofo francés Gabriel Marcel reúne en un libro una serie de artículos con el título “Los hombres contra lo humano”¹²⁰, en él refleja la situación del hombre moderno y los espejismos deshumanizadores que invaden la conciencia humana, muestra también la conexión existente entre el horror de la abstracción y el de la violencia colectiva, así como “la sistemática violación de los más elementales derechos”¹²¹ del hombre. Es así como surge el principio de la masificación del individuo, el ocultamiento de su rostro personal.

Los hombres contra lo humano expresa la negación del hombre, de su realidad personal, mediante mecanismos abstractos e ideológicos que lo reducen a un *recurso*, a una masa etérea, capaz de ser administrado y manipulado, la grotesca disparidad entre un individuo y otro, y el engaño permanente de la ilusión de progreso que la modernidad ha plasmado en las ilusiones de los sujetos atados a un destino incierto.

Pero también, *los hombres contra lo humano* es el vislumbre de la violencia que se comete hacia el otro, hacia el que es diferente de mí por causa de su color, de su *status* económico, de su raza, de su nacionalidad, de sus creencias religiosas, en con-

¹¹⁹ Gandhi, Mahatma, *Todos los hombres son hermanos*, Salamanca, Sígueme, 2002, p. 126.

¹²⁰ Cfr. Marcel, Gabriel, *Los hombres contra lo humano*, Madrid, Caparrós editores, 2001.

¹²¹ *Ibidem.*, p. 123.

clusión, de lo que hace singular a una persona, pero que no es soportable para otros, para sus intereses y espurias alusiones al engrandecimiento de la raza dominante. Es el hombre contra el hombre mismo a través de la violencia, la forma más drástica con la que la humanidad ha forjado su historia.

Y si hablamos de *los hombres contra lo humano* es porque en nuestro tiempo se presenta un fenómeno que es una violencia dirigida hacia lo propiamente humano, hacia el hombre mismo y hacia su dignidad. Este fenómeno es la discriminación que en su sentido directo y sin ambigüedades no es otra cosa más que una actitud de violencia cometida hacia otra persona por ser diferente, por poseer un *status* inferior. Desde este ámbito nos situamos para desarrollar una visión filosófica, anticipando que el principio de la lucha contra la discriminación ha de ser la vuelta a la mirada directa hacia el rostro de la persona del otro, mirar cara a cara constatando nuestra igualdad y nuestro respeto mutuo, afrontar el diálogo y la intercomunicación con los otros. Lo que nos ocupa en esta investigación no es escudriñar sus diferentes facetas, sino más bien, fijar la atención a la violencia como fenómeno y como núcleo central de la discriminación. Así pues, no es la violencia por sí misma la que se estudiará, ni mucho menos escudriñaremos su aspecto abstracto, sino más bien la violencia, como hecho y realidad, en la forma agresiva sobre el otro, cuando se pretende deliberadamente causarle daño, excluirlo; incluso, en su grado extremo, aniquilarlo. Estamos, pues, ante una realidad histórica y ante una realidad humana que ha causado estragos muy profundos en el devenir humano.

Los hombres contra lo humano es al mismo tiempo el reflejo del *homo homini lupus*, el último bastión de la tragedia humana.

2. La tragedia del siglo XX: la barbarie moderna

Hoy en día no podemos ignorar que la capacidad de violencia del hombre es ilimitada, así como dada su libertad puede realizar cosas grandes, también puede provocar un mal extremo, el abismo de autodestrucción es la tentación más profunda del hombre. Esa capacidad demuestra que el poder del hombre es más grande de lo que nos hemos atrevido a pensar, ya que “puede hacer realidad diabólicas fantasías sin que el cielo se caiga o la tierra

LA DISCRIMINACIÓN: VIOLENCIA Y NEGACIÓN DEL OTRO
ALGUNAS CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS

se abra”¹²², como lo ha dicho certeramente Hanna Arendt. Este siglo ha conocido un grado de violencia, planificada o no, que supera todo lo previsible. Un sinfín de tragedias ocurridas a lo largo del siglo XX y principios del siglo presente dan constancia del horror de la violencia que en su máxima expresión es organizada por el hombre contra el hombre mismo, y que la historia más que estar escrita con la sangre muda de la gloria de los héroes y dominadores de este mundo, por debajo de ella está más bien la sangre del pobre, del oprimido, del *sin-nombre* que brota, como diría Léon Bloy, gimiendo hacia el cielo. ¿Será que la memoria a veces se recubre de mentira para que el hombre se mienta a sí mismo y no reconocer los crímenes, esquivando toda consideración, y así no cargar en sus hombros el cortejo de las víctimas?

Albert Camus enfatizaba que la característica innegable de la primera mitad del siglo XX es que los hombres construyeron doctrinas para justificar el crimen. Es el “tiempo de las ideologías”¹²³ que pretenden disculpar y encubrir el crimen. Uno de los aspectos drásticos de la barbarie moderna, es su crueldad inhumana. Muy por encima de las prácticas guerreras de los conquistadores “bárbaros” del final del Imperio Romano, el propósito de la crueldad que ha vivido la modernidad ha radicado en desaparecer al hombre mismo, haciendo de él una especie de *res nullius*, condicionándolo a un tratamiento reductor como objeto, negando, desde el primer momento, su realidad trascendente. Con la sombra del nihilismo ha cubierto todas las masacres y los crímenes cometidos durante esta época para llegar al punto álgido de la familiaridad del crimen, lo que Camus ha dado por llamar la tragedia de la contemporaneidad, pues nos señala que “en los tiempos antiguos, la sangre del crimen provocaba al menos un horror sagrado; santificaba así el precio de la vida. [Ahora] la verdadera condena de esta época es hacer pensar, por el contrario, que no es bastante sangrienta”¹²⁴.

La experiencia decisiva de nuestra época moderna, a diferencia de la antigüedad, que se proponía “producir sabios”, o de la

¹²² Cfr. Arendt, Hanna, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2006, p. 600.

¹²³ Cfr. Camus, Albert, *El hombre rebelde*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 11.

¹²⁴ *Ibidem.*, pp. 325-326.

Edad Media, que buscaba pensar los dogmas, es su aptitud para hacer razonables las masacres, esas matanzas administrativas, producto de la iniquidad humana. Si aquellas épocas ayudaban al hombre a soportar su propia muerte, ésta lo ayuda a aceptar la muerte de los otros¹²⁵.

Esas masacres “razonables” del siglo XX son parte de lo que se ha dado por llamar la barbarie civilizadora de la modernidad que, a diferencia de la barbarie acuñada por Grecia y Roma para designar a los pueblos ajenos a estas civilizaciones, por considerarlas primitivas, incultas, agresivas y brutales, ésta es una barbarie institucionalizada, que disfraza y justifica los mecanismos de violencia con los que se pretende el dominio imperalista y totalitario a costa de todo y por encima de todo, incluso corrompiendo el mismo poder; justificando tales atrocidades en beneficio del progreso y para “bien” de la humanidad. Lo cual es una verdadera infamia.

Ningún siglo a lo largo de la historia ha conocido peores manifestaciones de barbarie, tan masivas y sistemáticas, que el siglo XX. Karl Marx ya advertía sobre la reaparición de la barbarie, pero ahora engendrada en nombre de la civilización de la que forma parte. Es la barbarie leprosa, la barbarie como lepra de la civilización. Según Michael Löwy¹²⁶ cuatro son las masacres que más claramente encarnan la modernidad de la barbarie: el genocidio nazi, contra los judíos y los gitanos, la bomba atómica en Hiroshima, el *Gulag* estalinista, la guerra estadounidense en Vietnam. Las dos primeras -sostiene Löwy- son probablemente las más integralmente modernas: las cámaras de gas nazi y la muerte atómica estadounidense contienen prácticamente todos los ingredientes de la barbarie tecnoburócrata moderna. Es en Auschwitz donde la modernidad hace ver la eficacia de la ciencia, corrompiéndola y utilizándola para fines destructivos, con la estructura productora de muerte, científicamente organizada, y por el empleo de las técnicas más eficaces. Por otra parte, el genocidio de los judíos y los gitanos representa un producto típico de la cultura racional burocrática, que elimina de la gestión administrativa toda interferencia moral. Así pues, del mismo

¹²⁵ Finkelkraut, Alian, *Nosotros, los modernos*, Madrid, Encuentro, 2006, p. 48.

¹²⁶ Cfr. Löwy, Michel, “Las formas modernas de la barbarie”, en *Metapolítica*, no. 28 (2003), p. 42.

LA DISCRIMINACIÓN: VIOLENCIA Y NEGACIÓN DEL OTRO ALGUNAS CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS

modo que la fábrica industrial moderna se ha elevado por encima del taller artesanal, el holocausto y el genocidio han dejado atrás los equivalentes antiguos, mostrándolos como primitivos e ineficaces. Ahora, como lo señala Hanna Arendt, los campos de concentración “son concebidos no sólo para exterminar a las personas y degradar a los seres humanos, sino también para servir a los terribles experimentos de eliminar, bajo condiciones científicamente controladas, la misma espontaneidad como expresión del comportamiento humano y de transformar la personalidad humana en una simple cosa, en algo que ni siquiera son los animales”¹²⁷.

Superando en gran medida la barbarie de los antiguos, la barbarie moderna es un rostro oculto, infernal, un entramado de diferentes mecanismos, tanto industriales como tecnológicos, porque nunca como antes las tecnologías modernas se habían puesto al servicio de una política imperialista de masacre y de agresión a escalas jamás alcanzadas por los grandes imperios de la antigüedad.

La razón humana, desde estos momentos, ha sido puesta al servicio de la utilidad, de la justificación del crimen, se ha deshumanizado, descorporeizado y desvinculado de los contextos de la vida, para entrar ahora en el campo de la objetivación y del cálculo, es pues una razón instrumental, llamada así, entre otros autores, por Max Horkheimer¹²⁸.

Más aún, no sólo la racionalidad instrumental ha sido la fuente de tales atrocidades, sino como lo ha visto bien Michael Löwy, hay otros factores, tan importantes y determinantes de la barbarie moderna. Justamente, señala que...

...uno encuentra en los campos de exterminio nazi una combinación de diferentes instituciones típicas de la modernidad: como la prisión descrita por Foucault, la fábrica capitalista de la que hablaba Marx, la organización científica de Taylor, la administración racional burocrática según Max Weber¹²⁹.

¹²⁷ Arendt, Hanna, *Op. cit.*, p. 590.

¹²⁸ Ver: *Crítica de la razón instrumental*, Madrid, Trotta, 2002.

¹²⁹ Löwy, Michael, *Op. cit.*, p. 43.

Esta es pues la inversión de la razón occidental en fuerza destructiva, en razón calculadora, así como la deshumanización de los procesos burocráticos y el principio de los mecanismos totalitarios que reducen a los hombres a masas sin rostro, existiendo sólo como otros tantos aditamentos, en función del sistema, mientras que la naturaleza y sus límites son tratados como recursos y resistencias a vencer y dominar.

Con todo, las expresiones de la barbarie moderna representan un preludio hacia la abolición del hombre, del misterio de su existencia y de su propia muerte, del hecho de morir. Ya la muerte ha perdido su carácter épico y trascendental, ahora ya no es la muerte en su desnudez completa sino que está inmiscuida por la maquinaria asesina, basta con pensar en los campos de exterminio. En las cámaras de gas, la muerte, era, por primera vez anónima y “limpia”, a partir de aquí, el hombre ya no es percibido como individuo, mucho menos como persona, sino que es una enorme masa, disoluble y pueril. La muerte desde ahora ha sido obnubilada por los procesos industriales y técnicos, ha dejado de ser uno de los privilegios misteriosos del hombre. En un cierto sentido, señala Hanna Arendt, arrebataron al individuo su propia muerte, demostrando por ello que nada le pertenecía y que él no pertenecía a nadie. Su muerte simplemente pone un sello sobre el hecho que en realidad nunca había existido¹³⁰. Con ello, el “derecho a morir como seres humanos” es sólo un desvarío.

Ahora la forma de legitimar los genocidios o toda violencia es bajo supuestos de tipos pseudo-científicos, biológicos, antropométricos, que eliminan toda consideración ética o moral. Más aún, se ha alcanzado el grado de pervertir a la ética misma y a las virtudes humanas, por motivos de utilidad, con el fin de legitimar los crímenes, la explotación y el despojo que día a día se cometen en todos los rincones de la tierra. La consecuencia de esto es el escepticismo, el engaño y la sumisión que se propagan vertiginosamente en medio de nuestras sociedades. Esta propagación es un malestar de una sociedad “que se muere y sólo moraliza para ocultar su pobredumbre”¹³¹, como diría Emmanuel Mounier.

¹³⁰ Arendt, Hanna, *Op. cit.*, p.607.

¹³¹ Cfr. Mounier, Emmanuel, *El compromiso de la acción*, Madrid, Instituto Emmanuel Mounier, 2007, p. 31.

LA DISCRIMINACIÓN: VIOLENCIA Y NEGACIÓN DEL OTRO
ALGUNAS CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS

Estos genocidios y exterminios tan atroces que en la modernidad se han presentado por motivos de raza, de etnia, de religión, etc., han dado lugar a una forma no menos grave, una indiferencia y ceguera moral, tan extendida en nuestra sociedad: la discriminación. Que no siendo lo mismo que el genocidio, sí es una manifestación más de la violencia incrustada en las entrañas de nuestra sociedad, un asalto a la dignidad humana y un preludio para diluir el rostro personal del hombre, anulando los lazos comunitarios entre las personas, los vínculos sociales y políticos, y hacer de ellos un recurso más del engranaje de los sistemas y mecanismos de la modernidad.

En consecuencia, toda vez que se ha eliminado la pluralidad y una vez disueltos los vínculos sociales y políticos entre las personas, el dominio total que pretenden y buscan algunas civilizaciones modernas, institucionalizando y controlando los mecanismos de violencia, han hecho que la singularidad de cada persona se diluya, de tal manera que cada ser humano ya no sea un *quién*, con una historia propia de contar, sino que se reduzca a un *qué*, a pura materia física maleable, intercambiable, a la “nuda vida” en palabras de Agamben¹³², y confinados a un aislamiento absoluto respecto de los otros y del mundo exterior, destruyendo así, el sentido de la realidad que otorga el hecho de ser visto y escuchado por los otros. Por lo anterior surge un mal pernicioso que Mounier ha señalado rotundamente: “no es el de hacer morir a los hombres, sino ahogar en la mayor parte de ellos... la posibilidad y aún el gusto de ser persona”¹³³.

Es necesario reconocer, por muy incisivo que parezca, que los procesos de civilización a los que la modernidad se ha consagrado, tienen como significado la monopolización táctica de la violencia por el Estado, y esto es precisamente, el origen de todos los genocidios del siglo XX, de los drásticos sucesos que se han suscitado en el umbral del siglo que comienza. Y por lo tanto de las violaciones y abusos que se cometen a los derechos humanos, aniquilando la dignidad humana con una certeza más mortal que la misma miseria.

¹³² Cfr. Agamben, Giorgio, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pretextos, 1998.

¹³³ Mounier, Emmanuel, *Op. cit.*, p. 33.

3. El totalitarismo y la violencia

En una novela del escritor ruso Fiodor Dostoievski, el personaje Iván Karamasov lanza un grito dramático: “Si Dios ha muerto todo está permitido”, éste es el prelude para anticipar todas las ideologías que han imperado a lo largo del siglo XX. Todo se encuentra bajo la sombra de lo permisible, abolir al mismo hombre ya es una certeza inmediata. Así, en este mundo donde todo está permitido, ya todo es posible, y por lo tanto, ya nada es cierto ni creído. Después de que la modernidad ha hecho de la razón, una razón instrumental, la duda cartesiana; el primer bastión y juez de la época moderna deja su lugar a la sospecha, es decir, la construcción del pensar a base de destruir el pensar. Por consiguiente todo principio de la realidad resulta sospechosa, hasta el mismo hombre. Desde este punto de vista, como lo señala Hanna Arendt, “simplemente por su capacidad de pensar, los seres humanos son sospechosos por definición, porque la capacidad humana para pensar es también una capacidad para cambiar la mente propia”¹³⁴. Es así pues, que todo es ya permitido. El abismo de lo “posible” inunda el afán humano, por lo tanto, la noción de límite se ha perdido.

Esta sólida convicción de que todo es posible, es la certeza de la potencia humana, si el hombre es capaz de todo, también es capaz de destruirse. Capaz de dominar a los otros y dejarse de dominar a sí mismo. En última instancia: capaz de borrar a las personas sin dejar rastro, como si nunca hubieran existido, religarlos a la condena del olvido. Capaz de crear un paraíso en el cual vivir, pero también de crear las fábricas de la muerte. Capaz de apartarse de la naturaleza y crear un mundo artificial. Es capaz de todo, incluso de reducirse a nada.

Del “todo es posible y permitido”, entramos a las ideologías totalitarias, que desde las tiranías del nazismo y del estalinismo, pasando por el comunismo, el fascismo, hasta el liberalismo, hoy neoliberalismo, han hecho de esta sentencia el motivo de sus mecanismos hegemónicos, de su afán desmesurado, así como el principio de la paranoia política, económica y tecnológica del mundo de hoy.

¹³⁴ Hanna Arendt, *Op. cit.*, p.580.

El totalitarismo no es más que un régimen que sustituye el poder por la violencia, cuyo designio es la conquista global y la dominación total, la derogación de la pluralidad de los hombres a una categoría única de Hombre, en abstracto, que más bien es una reducción del sujeto y no el mismo hombre en su singularidad única, es la uniformidad de los hombres en simples números y objetos. Hoy a principios del siglo XXI, después de todas las barbaridades del siglo precedente, sigue vigente, aunque no en su forma auténtica, sí inspira todavía algunos mecanismos actuales de dominación y de control en diversas latitudes del planeta, de la forma que sea, ya que al final de cuentas siguen siendo parte de la politeya totalitaria.

Lo que nos concierne en este trabajo, no es realizar un estudio sucinto del totalitarismo como ideología ni adentrarnos en sus orígenes, sino más bien indagar en una de sus consecuencias que ha sido la destrucción de la esencia del hombre y la derogación de su dignidad humana; creemos que la discriminación como fenómeno social y cultural, más aún como un malestar social, es resultado de las formas y de los procesos totalitarios. Sin anular otros factores que también son determinantes.

Una de las características de los movimientos totalitarios es la pretensión por masificar al hombre, en la volubilidad de las masas y en la creación de una realidad ficticia por medio de ideologías hegemónicas, así como la propaganda que es un factor determinante para estos movimientos en la permanencia del poder, cuya consecuencia es la superfluidad del individuo.

El totalitarismo, como señala Hanna Arendt¹³⁵, pretende organizar y controlar las masas, de esta manera depende de la pura fuerza del número, de la uniformidad heterogénea de los hombres en un igualitarismo sin diferencias que opaca el espíritu de libertad de cada individuo. La inclinación del totalitarismo se dirige hacia una pasión por las nociones más abstractas de la vida y hacia un desprecio por las normas más obvias del sentido común. El individuo disuelto en la masa, confinado al aislamiento y a la falta de relaciones sociales normales¹³⁶. El envenenamiento de

¹³⁵ *Ibidem*, p. 435.

¹³⁶ *Ibidem*, p. 445.

las relaciones humanas es el principio para mirar a los hombres como enemigo, como un íncubo, como *inequívocamente otro*.

El campo epistemológico donde se mueven las ideologías totalitarias es en el terreno de la abstracción y del cálculo, se trata ahora de proceder a establecer mecanismos conceptuales y no situarse ya en la existencia histórica. Desde ahora se percibe un mundo en que las abstracciones toman cuerpo sin dejar de ser abstracciones, se hace real sin dejar de ser abstracción; entiéndase: pragmáticamente se hace fuerza, se hace potencia. Abstracciones realizadas, como dirá Gabriel Marcel, que “se hallan en alguna medida predispuestas a la guerra, es decir, a la destrucción recíproca sin más”¹³⁷ y a la sistemática violación de los más elementales derechos de las personas. El terror está contenido anticipadamente en estas abstracciones.

La igualdad entre los hombres que proclaman las ideologías totalitarias y hasta las democracias decadentes recae sobre lo abstracto, pues no son los hombres quienes son iguales, los hombres no son números y objetos.

Lo que es igual, -vuelvo a Marcel para aclarar esta situación- lo que ha de ser establecido como igual, no son en absoluto seres, sino derechos y deberes que esos seres están obligados a reconocerse unos a otros, sin lo cual lo que reina es el caos, la tiranía en todas sus horribles consecuencias “la primacía de lo más vil sobre lo más noble”¹³⁸. Sin embargo, esto es precisamente lo que el totalitarismo niega rotundamente.

Con esto también, la ciencia, abandonada a sí misma, se ha vuelto técnica, monstruosa objetividad donde los procesos se autoengendran y funcionan por sí mismos, el método suplanta al saber y lo real para identificarse con lo calculable. La razón, como señala Finkielkraut, ya no responde a la cuestión “¿qué es?”, sino a la cuestión “¿cómo?” y el pensamiento interrogativo cede inexorablemente el paso al imperativo de la eficacia máxima¹³⁹. De esta manera es como las ideologías totalitarias

¹³⁷ Marcel, Gabriel, *Op. cit.*, p. 121.

¹³⁸ *Ibidem*, p. 122.

¹³⁹ Finkielkraut, Alain, *Op. cit.*, p. 127.

LA DISCRIMINACIÓN: VIOLENCIA Y NEGACIÓN DEL OTRO
ALGUNAS CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS

celebran la alienación del hombre, la vida, en fin, condenada a ocultar su angustia en el universo mediático y en la propaganda. La conciencia del mundo real se disipa, percibir al mundo como tal ya es imposible, pues las ideologías totalitarias han construido un universo ficticio donde la vida ya no es sentida por sí misma, ni experimentada a sí misma en cada punto de su ser, ha sido arrancada de su singularidad inefable y ha sido desvanecido el ser sensible e individual¹⁴⁰, ya no revela nada distinto, ninguna alteridad, pues está confinada a la uniformidad, al aislamiento, al anonimato y al desarraigo esencial. Lo que se trata ahora, como señala Hanna Arendt, es transformar la naturaleza del hombre¹⁴¹, disipando su capacidad individual y creativa, y confinándolo al reino de la necesidad y de la carencia.

Otra de las consecuencias que han provocado las ideologías totalitarias es la anulación de la actitud moral en la persona humana, el hombre ya no es un fin en sí mismo sino sólo un medio, un haz de complejidades y de reacciones que es necesario dirigir y reprimir, ya sea con tácticas psicológicas o con procesos genéticos. Una de las intenciones es manipular el cuerpo humano, de tal manera que sea destruida tan inexorablemente la persona humana, y por lo tanto, su dignidad intrínseca. Con eso, también se trata de negar el *ethos* propio del hombre. La subjetividad humana, lo que lo hace verdaderamente moral, se reduce a su sombra. El hombre y los valores universales que residen en él, ya no poseen su preclaro fundamento, son despojos transitorios de una verdad abolida y negada, de modo que el hombre ya no se identifica con ellos, además, se convierte en un extraño para sí mismo. De ahí proviene la deshumanización en toda obra y acto humano del mundo de hoy.

La creencia de que todo está permitido se dirige ahora a la abolición de la libertad humana, su perversión continua. Al igual que las sociedades disciplinarias hacían pasar a los individuos de un medio cerrado a otro, como lo han mostrado Foucault y Deleuze, las ideologías totalitarias, equipadas ahora con propaganda masiva, ya no sólo funcionan por encierro, sino por control continuo

¹⁴⁰ Henry, Michel, *La barbarie*, Madrid, Caparrós editores, 1996, p. 77.

¹⁴¹ Hanna Arendt, *Op. cit.*, p. 481.

e información instantánea, su propósito no sólo es la persuasión sino el permanente dominio. Bajo la égida de un mundo ficticio, una sensación de poder acarrea al hombre, creando una falsa ilusión, pues al abolir las fronteras de lo real, surge la idea constante de lo permisible, y por esto, el hombre es confinado a un sistema de control administrativo, bajo la idea de mantener la seguridad social, cuando realmente es una máscara más de la opresión y manipulación totalitaria. Desde ahora el hombre está sometido a todo lo que pueda suceder.

El propósito de las ideologías totalitarias es hacer un mundo consecuente bajo la erección del artificio humano, el desprecio por la realidad y por los hechos, por el sentido común y por la espontaneidad del mismo ser humano, haciendo de él un ser superfluo. Para tal fin se busca asegurar el dominio, construyendo un mundo ficticio e ideologizado, que justifique las estrategias totalitarias y las masacres. Es por ello, por lo que el totalitarismo trata de destruir cada rastro de la dignidad humana. “Porque el respeto por la dignidad humana -señala Hanna Arendt- implica el reconocimiento de mis semejantes o de las naciones semejantes a la mía, como súbditos, como constructores de mundos o como codificadores de un mundo común”¹⁴². Es necesario que los hombres no sean creativos ni que posean un espacio propicio para el desenvolvimiento de su personalidad y de su libre albedrío, porque de lo que se trata es de arroparlos, presionando unos contra otros para anular sus diferencias, bajo un sólo sentido, en un sólo sistema previsto y administrado con el fin único de mantener el control global.

Esta situación no tiene otro propósito más que el de reprimir al hombre, para tal fin, una de las estrategias totalitarias es la organización de la violencia, su sistematización, que está al servicio del ideal de dominio absoluto de los regímenes totalitarios. Es una violencia legítima e institucional que busca establecer de manera onírica una hipotética “ciudad segura y de bienestar” donde reine la justicia y la paz, cuando realmente es la construcción de un gran latrocinio. “Si se prescinde de la justicia ¿qué son los reinos sino grandes latrocinios?”, decía san Agustín. Es necesario considerar que al organizar la violencia, lo único que se pretende es organizar un sistema en el cual se va a usar, no

¹⁴² *Ibidem*, p. 615.

LA DISCRIMINACIÓN: VIOLENCIA Y NEGACIÓN DEL OTRO ALGUNAS CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS

sólo la violencia cotidiana, económica y social institucional de toda una sociedad, sino que se plantea la posibilidad de que este Estado así constituido, evidentemente ilegítimo, pueda usar la violencia legítimamente contra los miembros de esa misma sociedad.

Esta violencia como tal precisa de *herramientas*¹⁴³, de medios y mecanismos con el fin de acrecentar el potencial destructivo. La multiplicación de este potencial destructivo, nos enfrenta a una realidad totalmente nefasta, cuya inhumanidad y eficacia ha causado las grandes catástrofes del siglo XX. Ahí donde el poder va perdiendo terreno, surge una tentación, ser reemplazado por la violencia. “La violencia aparece -señala Hanna Arendt- donde el poder está en peligro pero, confiada a su propio impulso, acaba por hacer desaparecer el poder”¹⁴⁴, pues ésta es incapaz de crearlo. De esta manera, la violencia totalitaria es la atención a la Potencia contra el Poder. Ya no es la soberanía lo que se pretende alcanzar, sino que a través del acrecentamiento del potencial instrumental, se busca la hegemonía total. Como toda acción, la utilización de la violencia para tal propósito, origina un mundo más violento.

Una de las consecuencias graves de la violencia totalitaria es la desaparición del rostro de la persona sin dejar algún rastro con el que se pueda reconstruir su propia historia. Conducido al reino del anonimato, ha sido privado de su libertad y de su poder de actuar. Con la sistematización de la violencia también se engendran los males que hoy nos oprimen, entre otros, como: la intolerancia, el autoritarismo y la discriminación. Por su carácter expansivo, también el totalitarismo ha destruido la naturaleza y las diversidades culturales. Estamos pues, frente a la búsqueda del dominio total que sólo se cumple con el exterminio del otro.

4. Después del Totalitarismo, el Capitalismo

A. *La modernidad capitalista*

Antes de ocuparnos del fenómeno de la discriminación creemos necesario dilucidar algunas consideraciones sobre la situación

¹⁴³ Arendt, Hanna, *Sobre la violencia*, Madrid, Alianza Editorial, 2006, p. 63.

¹⁴⁴ *Ibidem*, p. 77.

del hombre dentro de la modernidad y sobre las transformaciones históricas del tiempo actual.

Después de la barbarie moderna, de las graves consecuencias de sus catástrofes, de la sombra de las ideologías totalitarias y de la violencia que sigue predominando en nuestras sociedades, ¿qué ha quedado del hombre, cuál es su condición actual y hacia dónde se dirige? Esta es una cuestión compleja, no podría dilucidarse bajo términos generales, no obstante, siempre es urgente preguntarse por el hombre para comprender su destino y su historia.

La modernidad actual se caracteriza por ser la civilización de la técnica, hija de la Razón universal que ha transgredido los límites, refractaria a la crítica ética. Su lógica es la de la libertad sin puntos de referencia, la utilización de la violencia como mecanismo para lograr una hegemonía total, el desarrollo industrial y la abolición del hombre por la egregia construcción del Hombre abstracto. Debajo de ella se pueden percibir la rearticulación de formas de totalitarismo que parecían haberse extinguido con la derrota del nazismo, del fascismo y de las demás ideologías totalitarias, sin embargo, el desarrollo del capitalismo en su fase neoliberal y globalizadora parecen adoptar tales mecanismos.

Una de las características del mundo de hoy es la tendencia por racionalizar todo en nombre del mañana. Nuestra época, después de haber padecido las grandes catástrofes del siglo XX, busca un mundo más abundante y sin frustraciones. Este sueño se basa en la creencia de que la Razón y la Historia, dos entidades distintas para los antiguos, no son más que una. La historia para los antiguos era un ciclo de sin razón y de crímenes, los modernos, como señala Finkelkraut, “piensan que la historia tiene un sentido, que ese sentido conduce hasta ellos, y que la inmensa masa de necesidades, deseos, intereses, opiniones y representaciones individuales constituyen los medios de que se sirve la Razón para establecer su reinado”¹⁴⁵. Bajo estas consideraciones, el mal desde ahora ya no es un escándalo, solamente es una etapa indispensable en el laborioso proceso de conquista de la humanidad. Lo importante, no es cuántos hombres

¹⁴⁵ Cfr. Finkelkraut, Alain, *Op. cit.*, p. 47.

LA DISCRIMINACIÓN: VIOLENCIA Y NEGACIÓN DEL OTRO
ALGUNAS CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS

sufren o mueran, cuántas tradiciones vernáculas sea necesario desaparecer, sino que lo importante es el proceso del porvenir de la humanidad. Entiéndase, de la “humanidad”; pero bajo el ámbito de lo abstracto, y no del hombre concreto y singular en su circunstancia histórica, ni de la sociedad situada en una parte de tierra, sino de la humanidad anclada en el espacio ilimitado y universal del devenir, bajo la égida del progreso ilimitado. Se ha hecho del espíritu abstracto, y no del hombre concreto, el sujeto de la historia, de reducir a la Idea la realidad viviente de los hombres.

Al considerar a la historia como un todo se olvida el hecho de la pluralidad humana, el dolor y lo irreparable en el hombre son consolados con lo que el Hombre lleva a cabo. La historia ya no se detiene en la existencia humana concreta, sino que está en constante movimiento, no repara ya en el hombre de carne y hueso, sino en lo total, en lo indeterminado, por consiguiente, en la Humanidad. La Historia ahora es enemiga de la historia.

Desde este punto, la singularidad humana es recluida y reducida a los mecanismos abstractos, el acceso a esta propiedad inherente al hombre parece imposible en medio de sistemas y confinamientos ideologizantes que pretenden controlar y administrar todo, hasta la vida misma de los hombres. Crueldad ideológica que nubla la tragedia humana, ahora todo asesinato y brutalidad son sólo condiciones sistemáticas en nombre de la Humanidad que busca su plenitud total, bajo la Idea abstracta del Bien, del Progreso, del Desarrollo y no en la existencia histórica concreta de los hombres. La muerte de los otros es aceptada en el nombre del bienestar y del progreso de todos.

Los proyectos de la modernidad se dirigen a crear un reino de la abundancia, mediante la producción de mercancías y servicios de calidad que satisfagan los deseos de todos, al margen de la creatividad y de la mirada crítica de las personas y bajo procedimientos cada vez más minuciosos, controlados y supervisados. No importa que en el proceso la vida del hombre también deba ser controlada, la persona es ahora un individuo sujetado al proceso de recursos planificables. De esta manera la época moderna ha exaltado la producción y el beneficio sobre la dignidad del hombre. Así, la libertad humana se ha hecho a la medida de las

abstracciones modernas del mercado. Esta libertad no es más que el espejismo de lo posible y del deseo desmesurado, sin virtudes ni responsabilidades. Y no sólo la libertad fenece, sino que también cualquier contingencia, cualquier sorpresa, cualquier gratuidad, cualquier verdadera diferencia y diversidad.

Estamos pues ante una modernidad capitalista, que exalta la producción, el beneficio, el consumismo sobre toda consideración, incluso sobre la dignidad del hombre. Ha abandonado el espacio de lo humano, del umbral de la persona humana, para anclarse a un mundo indeterminado y desarraigado, hoy virtual, donde el sujeto definitivamente está ausente.

B. ¿Y la persona humana?

El hombre ha sido separado de su condición de persona, ahora vive bajo la espontaneidad individualista. Por todo lo que la modernidad comporta como proyecto, el individuo se encuentra recluso en su propio yo, bajo sus propias inclinaciones disruptivas, niega cualquier alteridad, padeciendo las consecuencias del fenómeno de la masificación, de la enajenación y de una sociedad utilitarista basada en el proceso tecnológico del tiempo presente. Otro factor importante, es que vive bajo las amenazas latentes de violencias constantes, violencias que pueden ser sistemáticas de parte de los Estados o por la que se despliega dentro de su medio social.

Dentro del espacio moderno muy difícilmente puede “aparecer” lo específicamente humano. Hoy en día la gran amenaza sobre lo verdaderamente humano es:

Una totalización de lo real por medio de la reificación de las abstracciones teóricas, una red sistemática tecnológica a la cual el hombre confía, sin regreso posible, su destino, de tal modo que el hombre mismo llega a considerarse elemento de ella y se rige individual y colectivamente, a través de las múltiples imposiciones estatales, según los imperativos que ésa gran máquina dicta para su buen funcionamiento, por boca de los tecnócratas y economistas de todo tipo¹⁴⁶.

¹⁴⁶ Voet, Georges, “Comentarios sobre el artículo de Glym Richards”, en *Ixtus*, no. 40 (2003), p. 53.

LA DISCRIMINACIÓN: VIOLENCIA Y NEGACIÓN DEL OTRO
ALGUNAS CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS

Así, lo humano, la “libertad” y sus realizaciones de trascendencia compartida, desaparecen en la “necesidad” de un todo artificial real e imperante, que se presenta como una nueva “naturaleza”. El problema grave que enfrentamos en el mundo de hoy es que cada vez más se abandona el espacio de lo humano, la singularidad del hombre es presa de la objetivación y del utilitarismo, tiende a ser abstracta, es decir, no substancial, como lo es la ilusión o lo virtual.

Con lo “humano”, también la vida tiende a ser manipulada bajo la categoría industrial de planificación, que en palabras de Gustavo Esteva, “cuando no es delirio totalitario, opera como pretexto tecnocrático”¹⁴⁷. Esta categoría ha pasado del mundo de la contabilidad, de las legislaciones, de las programaciones industriales a invadir el ámbito de la vida humana y de los hábitos. En nombre de los planes, ensayados de mil maneras distintas, se han cometido toda suerte de atropellos y ejercicios autoritarios. La planeación de la vida es un mecanismo arrogante y voluntarista para someter a sus designios la realidad humana y natural. El porvenir del hombre, que es un horizonte difuso e inalcanzable, que está anclado a la esperanza y a los esfuerzos constantes, ahora es objeto de planeación bajo expectativas siempre pasivas y dependientes del ser que es la antesala de la frustración. Con esto también la realización de una sociedad se somete al arbitrio de unos cuantos, reduciéndola casi siempre a una mera abstracción estadística que no ha sido más que la provocación de un gran caos.

Desde la planeación de la vida, que ante todo es misterio de la persona, comienza a pensarse en términos de *recursos*, de esta manera ha sido reducida a una entidad que puede ser administrada y planificada. Esta reducción no sólo ha roto con la ética que había informado la historia occidental desde la antigüedad griega, sino que ha desplazado la preocupación del bien por la de los valores. Por consiguiente, la vida es un valor que debe ser administrado desde el momento de su concepción hasta su muerte. Esto sucede, por la creencia de que la política consiste en administrar las esperanzas de la gente, traficar con ellas por medio de planes. Por creer que la vida “es algo que se

¹⁴⁷ Cfr. Esteva, Gustavo, “Contra plan, política”, en periódico Reforma, México, 31 de agosto de 2006.

debe organizar bajo el supuesto utilitario de que la vida humana está necesitada de dosis administrativas: cuidados prenatales y luego cuidados educativos, de salud, de oportunidades de ser alguien¹⁴⁸. Siendo la vida un don en la contingencia, se ha corrompido en un valor planificable, en una especie de antropomorfismo mecanicista.

La reducción de la vida a un ente administrativo contribuye a hacer pueril la experiencia humana, volviéndola monótona y unidimensional, manejable, organizable en función de deseos planificables y objetivables. Con ello queda lista la transformación eficiente de la persona y su eminente negación, de su gratitud en la contingencia, en el nuevo individuo hipermoderno, desarraigado, sin sentido del bien ni del misterio, intercambiable o suprimible dentro del mecanismo impuesto por el orden del industrialismo, del mercado y de la economía. Así, este sujeto está atado a un caos hipertenso, sin respiro del que en cualquier momento la violencia surgirá en sus diferentes manifestaciones.

C. El ofuscamiento de la equidad

Con lo anterior, ahora se presenta una nueva forma de concebir al hombre, aparece el *homo economicus*, este sujeto es producto de los mitos del progreso y del culto excesivo al crecimiento, cuando los promotores de estos mitos aducían haber descubierto “recursos” en la cultura y en la naturaleza, los convirtieron en valores económicos. De esta manera, el hombre se convierte en un ser *necesitado* de esos recursos, dependiente de bienes y de servicios. Surge así una nueva moralidad basada en la imputación de necesidades. Como resultado, las necesidades han devenido el fundamento universal de las certezas sociales.

Siguiendo a Iván Illich, dentro del discurso moderno del desarrollo, las necesidades no son sólo carencias ni deseos. “Desarrollo -señala Illich- es la palabra para una promesa, para una garantía ofrecida para romper la regla de la necesidad, utilizando los nuevos poderes de la ciencia, la tecnología y la política”¹⁴⁹. Bajo esta situación los deseos han cambiado su condición, la esperanza

¹⁴⁸ Sicilia, Javier, “Un nuevo fetiche”, en Proceso, no. 1424 (2004), p. 60.

¹⁴⁹ Cfr. Illich, Iván, “Necesidades”, en Letras Libres, marzo, 2002, p. 14.

ha sido reemplazada por la expectativa de que las necesidades serán definidas y satisfechas. Cuando hablamos de expectativa nos referimos a un “todavía no” que es diferente a la esperanza. La esperanza surge de la necesidad que promueve el deseo, ella orienta hacia lo impredecible, lo inesperado, lo sorpresivo. Mientras que las expectativas brotan de las necesidades promovidas por la promesa del desarrollo. Ellas orientan hacia reclamos, derechos y demandas. Las expectativas cuentan con la operación de sistemas impersonales que van a entregar nutrición, cuidado, de salud, educación, seguridad, etc.

De esta manera la esperanza se transforma en expectativas. Los deseos se transforman en reclamos cuando las necesidades no son satisfechas por la luz del desarrollo. “El fenómeno humano -vuelvo a Illich- ha dejado de ser definido como el arte de sufrir necesidad; ahora se entiende como la medida de las carencias imputadas que se traducen en necesidades”¹⁵⁰, que en la mayoría de los casos no pueden ser satisfechas, de ahí la frustración del ser humano y de la distribución injusta, de lo que se ha llamado recursos, en medio de las sociedades.

El discurso del desarrollo ha introducido las necesidades en el discurso político con el fin de satisfacer las expectativas del mundo moderno. Con esta situación, bajo la creencia de que la mayor parte de las personas carecen y están necesitados, se busca imponerles medidas de desarrollo social. Su propósito es “aliviar la carga del pobre” cuando en realidad de lo que se trata es de excluirlos de estos mismos procesos de desarrollo, “empujarlos fuera de su sitio, fuera de su espacio familiar y ubicarlos en una plataforma artificial, en una nueva estructura de vida”¹⁵¹. Las necesidades se transforman de carencias económicas en requerimientos sistemáticos, siendo éstos determinados por una hegemonía profesional exclusivista que no tolerará ninguna desviación. De esta manera, el hombre que pretenda buscar su autonomía, definitivamente estará obstruido por tales condiciones. Los que no pueden contribuir al crecimiento de las fuerzas productivas y han sido embaucados por las necesidades que se les atribuyen, que casi siempre son los pobres, los marginados, los

¹⁵⁰ *Ibidem*.

¹⁵¹ *Ibidem*, p. 18.

excluidos, definitivamente son arrinconados a la miseria extrema, sin probabilidad de tener beneficios del crecimiento económico. En definitiva, como lo señala Iván Illich:

El fenómeno humano no se define ya por lo que somos, lo que enfrentamos, lo que podemos tomar, lo que soñamos, ni siquiera por el mito moderno de que podemos producirnos a nosotros mismos a partir de la escasez y, en consecuencia, necesitamos¹⁵².

Otro de los factores, dentro del proceso moderno, es la expansión de la economía bajo el auge pronunciado de la llamada energía mecánica. El altísimo empleo de ésta en el mito llamado desarrollo ha causado graves estragos a la sociedad actual, principalmente entre los países subdesarrollados. El empleo de la energía sólo puede ser clasificatoria, es decir, discriminatoria. Mientras que unos pueden acceder a sus beneficios, otros, definitivamente no, de ahí surge una creciente desigualdad. El crecimiento de la energía es definitivamente el motivo por el cual la equidad va en decaimiento. La palabra equidad que en su significado inmediato es la “concesión de los mismos dotes”, del latín *aequitas*, una igualdad en habilidades básicas que es el fundamento de la ley, ha sido obstaculizada, debido a la creciente desigualdad que se presenta en nuestras sociedades. El hambre de energía ha fomentado guerras y exterminios entre los países, sin importar cuántos seres humanos tengan que morir.

Respecto a lo anterior, existe una contradicción en medio de esta situación, el hecho de querer alcanzar, al mismo tiempo, un estado social basado en la noción de equidad y un nivel cada vez más elevado de crecimiento industrial. Entre más incremento industrial más desigualdad social, esto es una realidad que pocos quieren reconocer, no porque no sea poco vislumbrado, sino porque definitivamente el afán de crecimiento es más sugestivo. Además, se fortalece la ilusión de la posibilidad para sustituir indefinidamente la energía metabólica del hombre por la potencia de la máquina.

A partir de estos momentos, la condición del hombre actual es redefinida como un cliente de la industria, como un usuario adic-

¹⁵² *Ibid.*, p. 20.

LA DISCRIMINACIÓN: VIOLENCIA Y NEGACIÓN DEL OTRO
ALGUNAS CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS

to. Lo que pide entonces no es más libertad como ciudadano, sino mejores servicios como cliente. El usuario compulsivo ya no insiste en su libertad como de moverse y de hablar con otros, sino en su reclamo de ser transportado e informado por los medios. Por lo tanto, como lo señala Iván Illich:

La liberación del usuario consiste en su comprensión de la realidad: mientras exija más energía... precipita la corrupción irreversible de la equidad, del tiempo libre y de la autonomía personal. El progreso con el que sueña no es más que la destrucción mejor lograda¹⁵³.

Muchos ciudadanos buscan imperiosamente los beneficios de la energía, de la industria, pero siempre a costa de los otros. El bienestar propio vale más que el bienestar de todos, el abuso y la desigualdad han pisoteado la equidad y la justicia de todos los miembros de una sociedad. El *homo economicus*, es pues, un ser individual que no posee género, un individuo posesivo, acumulativo y ambicioso.

El aumento de la utilización de la energía ha provocado grandes crisis económicas en la mayoría de los países, pero también se olvida que surge una crisis no de costos, ni monetarios: la pérdida del hombre de la habilidad de caminar, de la seguridad, del silencio, del aire puro, del espacio público, de la estética de las percepciones. El tiempo del hombre de su vida, se ha convertido en un bien escaso.

Ante lo anterior, es necesario entender y hacer algo, porque lo que se debate es el destino del mismo hombre y de su historia. El problema no es detener el progreso, sino encontrar un equilibrio justo, y sobre todo no abandonar el espacio de lo humano. Si el hombre, en medio de una realidad construida bajo sistemas industriales y económicos está ausente, es necesario volverlo a encontrar en su propio rostro y en la mirada de los otros. Retornar al lugar de los hombres, no de los individuos objetivados y cosificados. Frente a las tendencias deshumanizadoras de un mundo cada vez más interdependiente y simultáneamente fracturado, de sociedades cada vez más rodeadas por la violencia y por actitudes discriminatorias, tornar a la mirada del rostro per-

¹⁵³ Cfr. Illich, Iván, "Energía y equidad", en Obras reunidas I, México: FCE, 2006, p. 340.

sonal del hombre, es el único bastión para la armonía de las sociedades.

5. Después de la negación del hombre, la discriminación

A. La discriminación como resultado de la negación del hombre

La discriminación es consecuencia de la negación del hombre. Pero también es un malestar que se ha incrustado en la médula social de la humanidad. Cuando los hombres son reducidos a masas sin rostro, los hombres pierden a la vez la especificidad que los distingue unos de otros y la semejanza que los aproxima, y es entonces cuando los sujetos son tratados como objetos y como elementos más de los bastidores sistemáticos modernos. ¿De dónde puede surgir el respeto a los otros si lo que miramos ya no es al hombre sino a un simple individuo atomizado? ¿Dónde puede surgir el diálogo y el encuentro con los otros, si la relación intersubjetiva, que es un encuentro cara a cara, está envuelta por mediatizaciones y coyunturas de contrato? ¿Qué encuentro puede haber entre los seres humanos, si cada uno de manera distinta, han perdido su rostro personal?

Después de haber repasado las diferentes ideologías y mecanismos modernos con los que se han construido las sociedades actuales, la única conclusión a la que hemos llegado, por insidiosa que parezca, es precisamente la negación y degradación de lo propiamente humano. Y es precisamente aquí donde surge, inexcusablemente, el fenómeno social y cultural de la discriminación. Si por discriminación entendemos en primera instancia una actitud violenta hacia el otro, al mismo tiempo también es la negación del otro y el esquivo de cualquier alteridad. Además, la discriminación no radica sólo en ser una actitud violenta y negadora del otro, sino que conlleva además un conjunto de actitudes y sentimientos que se absorben y transmiten insensiblemente por todos los espacios sociales, a través de formas de relación, expresiones del lenguaje, gestos, costumbres y prácticas.

La discriminación surge de la diferencia antagónica hacia el otro. El otro ya no es mi semejante, digno de respeto y con quien creo vínculos de amistad, sino que es un medio para otros propósitos y un obstáculo en mi conquista por la "libertad". La gratuidad que

LA DISCRIMINACIÓN: VIOLENCIA Y NEGACIÓN DEL OTRO
ALGUNAS CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS

forma parte de los vínculos entre las personas ha sido suplantada por el de interés. El otro ya no posee identidad, sólo es un instrumento más. Es un anónimo del que solamente percibo su sombra, pero ya no su presencia.

Lo anterior es la causa de estar inmersos en la mentalidad tecnológica, para la cual la relación entre una persona y otra, ya no está situada en la amistad ni en el encuentro, sino que es una relación instrumental, en que A sirve de paso para llegar a B, es *medio instrumental* de B. De esta manera el sujeto se encuentra situado en el terreno de la factibilidad, es decir, de aquello de lo que es posible “disponer”. En consecuencia, el hombre al ser un fin en sí mismo es ahora un *medio instrumental* para otros fines situados por encima de él mismo.

Por consiguiente, discrimino al otro cuando transgredo lo que le es suyo, lo que le pertenece, es decir, su identidad propia, negando su condición de *homo humanus*, trato de reducirlo a una *res nullius*. La discriminación se halla en la tendencia, muchas veces motivada por intereses de poderío y lucro, a minimizar o soslayar al otro. De ser una forma más de violencia, la discriminación es la negativa de ver al otro como lo que es, un ser humano concreto y singular; es también el desprecio de la diversidad del otro.

La discriminación es una actitud que surge del sujeto preso de una esclavitud interiorizada, esta esclavitud es la reclusión en su propio “yo”, motivado por el odio, el desprecio y el egoísmo. Negando la alteridad y anclado en su propia mismidad, tiende a excluir y a despreciar al otro, lo margina, creando una disyuntiva entre él y el otro. Viviendo sólo en su propio solipsismo y prescindiendo del constante descubrimiento del otro, sólo quiere afirmarse a sí mismo, generalmente de manera violenta, por encima y a costa de los demás.

Una de las razones también por las cuales se presenta la discriminación es cuando surge en el hombre el sentimiento de indiferencia a los demás, al que no reside en mi círculo social, económico, político, cultural, religioso, etc., que es completamente otro y no constituye el centro de mis atenciones, de mi intereses, de mis propósitos. Surge de la creencia en la superioridad frente

a los demás, en la jactancia de poseer un *status* diferente al de los otros.

Hasta cierto punto, la discriminación guarda una relación especial con la estructura social, política y económica de las sociedades. Ella, ciertamente, es estructural, nace y es reforzada por las desigualdades, principalmente las que surgen en los ámbitos social, económico y político, más aún, por el ansia de dominación; no es casualidad que los marginados y los excluidos ocupen el campo hacia donde más se presentan las formas discriminatorias.

Dentro de nuestras sociedades se presenta una discriminación encubierta, no palpable, pero sí evidente. La discriminación en la clasificación que acontece dentro de la organización social y política. Bajo las categorías de superior-inferior, rico-pobre, civilizado-indígena, moderno-retrógrado, ciudadano-puebloño, es en este lenguaje donde emerge el preludio del fenómeno de la discriminación. Ya no es el hombre, la mujer, mi prójimo, mi hermano, mi vecino, sino que es el pobretón, el don nadie, el recurso humano, el beneficiario, el paciente, pero ya no es el hombre, mi semejante. Así es como inician todos los actos discriminatorios.

De esta clasificación social, al mismo tiempo, también surge una forma de descalificación del otro sin “verlo”, basado en comparaciones, de juzgar su carencia frente a lo que yo poseo, “veo” solamente lo que tiene, dejando de lado lo que realmente es. Esta mentalidad es consecuencia de nuestra época capitalista que da primacía al ámbito del tener por encima del ámbito del ser, donde la vida se define por la posesiones. Hoy es por el “estándar de vida”, por su competitividad y capacidad productiva, por el que los hombres son considerados. Es por lo anterior donde surge también el despojo y la marginación a la que hoy se enfrentan muchas personas.

Todavía más, la actitud discriminatoria surge de las distancias y espacios entre los hombres, al no encontrar el aliento de la palabra del otro sino sólo su silencio. Sofocados por la inanición, son incapaces de mirar, que no sea más que por medio de una forma instrumental, al otro, de encontrar el horizonte de encuentro y de interrelación con los demás. Surge un mutismo

impuesto por el asolamiento de su propia condición humana. La palabra, la expresión humana, se vuelve rígida, dura, impermeable, su voz se convierte en un grito que ordena, que condena, que excluye, pues ha perdido lo cotidiano y lo testimoniable, lo verdaderamente humano. Es aquí donde el *diá-logo*, la fuente de la fraternidad entre los hombres, es lo que sucumbe.

B. El otro como inequívocamente otro

La complejidad del fenómeno de la discriminación ha provocado rupturas determinantes en la relación que acontece entre los hombres, entre el que “no es como nosotros” y nos molesta y nos inquieta por ello. Esos *otros*, como el marginado, el pobre, el indígena, el discapacitado, como los excluidos de todo lugar y espacio.

Si bien toda persona puede ser discriminada, sin embargo, hay sectores dentro de nuestra sociedad que son más vulnerables a tales actitudes, ¿por qué?, precisamente porque son los *otros*, cuya presencia resulta incómoda, y que también han recibido las consecuencias de la injusticia social, de las desigualdades económicas y de las violaciones a los derechos humanos que cada día se acrecientan más.

Una de las características del sujeto moderno es la afirmación de sí mismo contra los demás, casi siempre de forma violenta y discriminatoria. Excluyendo a los otros es como cree y busca su afirmación propia. Esquiva el reclamo y la apelación que viene del otro. No es la *proximidad* la que busca con el otro, sino su total negación. Construye distancias, para eliminar cercanías.

Con esta actitud predominante entre todos los hombres de hoy, muchas personas han sido despojadas de lo único que les queda: su dignidad. No ha sido reconocida debidamente su dignidad por el hecho de que son “diferentes”, “distintos”, porque viven fuera del entramado social, los que tienen voto pero no derechos, los que son tratados como sujetos improductivos para la economía capitalista del mundo actual. Los que en teoría son iguales ante la ley, pero que en los hechos reciben las mayores injusticias. Los que han sido reducidos a objetos, a entes administrables, negando su propio rostro personal y tratados como

aquello a lo que han sido reducidos. Tan es así que sus rostros personales se diluyen en la impersonalidad.

El *nihilismo* que define el actual horizonte histórico, ha contribuido expresamente, en lo que ya desde las ideologías totalitarias hasta el capitalismo neoliberal de hoy, en la negación del sujeto. Añádase con esto también, “la puesta entre paréntesis del factor humano (en literatura e historia), la destitución del problema del sentido y de la verdad (en filosofía), la deshistorización y la formalización (en las ciencias)”¹⁵⁴, son otros tantos factores que contribuyen a la abolición del hombre, juntamente con los que provocan las injusticia social y la desigualdad económica. Ponen en fuera de lugar a su misma persona, su lugar en el mundo y su sentido de la existencia. Es así como muchos seres humanos son reducidos a “nada”, a masa sin rostro entregados a un destino incierto. Herederos por derecho propio a vivir, son conducidos a nuevas formas ocultas de genocidio deshumanizador. La Nada que proclama el nihilismo, difusa y sutil, les aprieta la garganta en la hora presente, hasta reducirlos a lo que han llegado a ser, o más bien no-ser, “nada”, es decir, *inequívocamente otros*.

Esto ha influido drásticamente en la forma de relación y percepción entre los hombres, de la nihilidad de la dignidad humana, brota el menosprecio, la utilización de los individuos como medios para fines determinados, la exclusión, y por ende, la discriminación.

Así, el otro es el *inequívocamente otro*, es decir, la persona negada, la víctima, el destituido y el despojado de lo que por derecho y justicia le pertenece pero que le es negado. Entre el *otro* -cualquier persona- y el *inequívocamente otro* hay una distancia considerable, porque a éste último, simple y sencillamente se le ha despojado de su dignidad, y porque es presa de la injusticia permanente con apariencia legal, de la discriminación, la opresión, la explotación. En síntesis, la asfixia de la violencia, sea la forma que tome, a la que han sido sometidos por ser *inequívocamente otros*.

¹⁵⁴ Borghesi, Massimo, *El sujeto ausente*, Madrid, Encuentro, 2005, p. 13.

C. Alienación como modo de discriminar

En la antigüedad griega a los esclavos se les denominaba *aprósôpos*, es decir, seres “sin rostro”, hombres impersonales, entes animados que no han llegado al desarrollo de su humanidad personal. Personas alienadas de su ser persona, despojadas de su más alta dignidad, que debería ser tratada, imperativamente, como inviolable¹⁵⁵.

Esta situación ha renacido en la percepción del hombre de hoy. El inequívocamente otro ha sido reducido a un *aprósôpos*, a un ser sin rostro, no tanto porque no haya llegado al desarrollo personal, sino porque se le ha negado su dignidad intrínseca, y por lo tanto, su condición de persona. Despojándolo de su dignidad, es por lo que se encuentra presto a la opresión y a la injusticia social que acontecen en todos los rincones de la tierra.

El ámbito global, las pretensiones totalitarias del mundo de hoy (económico, político, etc.), los sistemas con los que se ha estructurado, han causado una cerrazón entre las sociedades que le es muy complejo percibir a los otros. Esta totalidad, este sistema, tiende a totalizarse, a autocentrarse y a pretender, en el tiempo, eternizar su estructura presente; en el espacio, a incluir intrasistemáticamente a toda la exterioridad posible¹⁵⁶, a homogeneizar lo que es diferente.

Para el sistema, el *otro* aparece como lo diferente, siempre otro, que pone en peligro la unidad de lo “mismo”, al sistema, a la totalidad. Es por lo que el sistema busca aniquilar al *otro* por el simple hecho de *ser otro*, totalizándolo y uniformándolo en lo “mismo”. Respecto a lo anterior señala Enrique Dussel:

El otro, que no es diferente (como afirma la totalidad) sino distinto (siempre otro), que tiene su historia, su cultura, su exterioridad, no ha sido respetado; no se le ha dejado ser otro. Se lo ha incorporado a lo extraño, a la totalidad ajena. Totalizar la exterioridad, sistematizar la alteridad, negar al otro como otro es la alienación. Alienar es vender a alguien o algo; es hacerlo pasar a otro poseedor y propietario. La alienación de un pueblo o

¹⁵⁵ Moreno Villa, Mariano, *El hombre como persona*, Madrid, Caparrós editores, 2005, p. 182.

¹⁵⁶ De la Torre Rangel, Jesús Antonio, *Derechos humanos desde el iusnaturalismo histórico analógico*, México, Porrúa, 2001, p. 91.

de un individuo singular es hacerle perder su ser al incorporarlo como momento, aspecto o instrumento del ser otro¹⁵⁷.

La alienación es el resultado de la *praxis* de dominación que predomina en los sistemas capitalistas y en las relaciones hombre-hombre. Esta *praxis* coloca al *otro* al servicio de los mecanismos de opresión y desnudo ante el desprecio y la exclusión permanente, que coacciona al *otro* a participar en el sistema. Esta alienación no es más que la negación del *otro*, de su condición de ser diferente. En primera instancia lo niega, porque no reconoce al *otro*, y así comienza por negar al *otro* como *otro*, por lo tanto, por discriminarlo.

Pero también, por ser **otros**, son víctimas del sistema dominante, al ser excluidos violenta y discursivamente de dicho sistema.

El fenómeno de la discriminación es tan complejo, sin embargo, de todas sus diferentes manifestaciones, caemos en una sola conclusión, la discriminación es la negación del *otro* a través de actitudes violentas, mecanismos alienantes y la reducción de su rostro personal a un simple ente masificado.

En una sociedad económica como la nuestra y en un régimen que la protege, donde se da primacía al mercado, al dinero, al tecnopoder, al desarrollo, las pretensiones de libertad, igualdad, riqueza y propiedad, caen en una contradicción permanente.

Hoy en día la violación a los derechos humanos no sólo significa atentar contra la vida, la libertad y la integridad física de alguien -eso sólo es el principio de un proceso que hunde su masa en el sistema económico que los genera-, sino el despojo, el cercenamiento de las raíces culturales de las comunidades humanas, la violentación de la vida, y la coerción para ser anclados a las pretensiones de los sistemas económicos y políticos del mundo de hoy, sin importar por qué medios sea realizado. Estas pretensiones han causado enormes desigualdades e injusticias sociales, económicas y políticas que generan el fenómeno de la discriminación, ahí donde surge, precisamente, la negación del otro, en un alarde de desprecio por los seres concretos.

¹⁵⁷ Cfr. Dussel, Enrique, *Filosofía de la liberación*, México, Edicol, 1977, p. 61.

D. Del rostro personal y de la dignidad

Ante toda la situación anterior, es necesario y urgente reivindicar a la persona humana, darle primacía a lo propiamente humano, por encima de los mecanismos modernos, reencontrar el rostro singular de cada persona. Buscando vías alternas hacia el respeto de la dignidad, como fuente de los derechos humanos, y como una forma de afrontar el fenómeno de la discriminación y las injusticias suscitadas en la sociedad presente.

Nuestra cultura actual es espontáneamente individualista. Las inclinaciones disruptivas del individualismo han marcado barreras entre los hombres. El hombre de hoy es el sujeto exacerbado en su propio yo, en sí mismo y en su propio reflejo, en el gusto de ser uno mismo a costa y por encima de los demás. En esta *individuación* que se confunde con la posibilidad de libertad se transforma en un regalo envenenado: yo debo inventarme a mí mismo y mis normas; debo construirme a mí mismo y darle sentido a mi existencia. Debo luchar por salir de mí, para no asfixiarme en mí. La vida se vuelve entonces una competencia constante contra otros yo que compiten por obtener lo mismo que yo. La consecuencia de esto es la esquematización del mundo en relaciones disyuntivas y excluyentes. Decía Iván Illich que en la sociedad moderna, quienes no son prisioneros de la adicción lo son de la envidia.

Esta situación se presenta de manera violenta y discriminatoria contra los otros, utilizarlo, volverlo un medio o un instrumento hoy es tan frecuente que las sociedades viven en constante tensión frente al impulso destructivo de los individuos.

La contraparte de esta situación es la masificación del hombre, el fundirse en lo colectivo, en lo abstracto, en lo virtual para abandonar su identidad personal, su responsabilidad para con los otros. "El hombre moderno -decía Romano Guardini- quiere librarse de su persona, porque ésta lo carga de responsabilidad... Quiere librarse de su alma porque le causa dolor, por eso sacrifica su mundo privado y se entrega a la vida pública"¹⁵⁸, al ámbito de las masas. Estos sujetos viven en la *simulación*¹⁵⁹,

¹⁵⁸ Cfr. Guardini, Romano, *Ética*, Madrid, BAC, 2000, p. XXXIX.

¹⁵⁹ Cfr. Baudrillard, Jean, *Las estrategias fatales*, Barcelona, Anagrama, 1984, p. 195.

como lo ha señalado Baudrillard, rompiendo todas las distancias y sustituyendo lo real concreto por lo virtual abstracto. Así, La sustancia viviente se volatiza, se esfuma en la virtualidad del yo que no es el hombre, sino su simple reflejo.

Estas son las situaciones que experimenta el hombre de hoy, entre la exacerbación de su yo y la tentación de abandonarse a la masa.

Dadas las situaciones arriba señaladas, surge además un interrogante, ¿desde dónde es hoy necesario comprender al hombre, su relación con los otros y con el mundo, para afrontar los problemas que lo aquejan, como la violación a su dignidad y las amenazas constantes de discriminación y de violencia?

Lo contrario del individualismo moderno, exacerbado en su propio yo, y de la negación del hombre en la masa y en los mecanismos globales, es la instancia de la persona, que es fundamentalmente comunitaria en su identidad y dinámica. Decimos persona no como un ente abstracto, sino como un concepto viviente e histórico del ser humano¹⁶⁰.

Ser persona es el modo específicamente humano de la existencia, lo que no puede ser tratado como objeto, pues merece respeto, porque es digno, por el simple hecho de ser persona. La persona no es un *qué* sino un *quién*, que llama interpela, evoca, a la relación con los otros. Sólo en la relación viva es posible reconocer lo peculiar de cada persona, porque ella es presencia, un estar presente en el mundo, un estar presente a sí mismo y a los otros. La persona no se realiza en la inmediatez del yo sino en el encuentro permanente con el *tú*. Se define en relación con otra persona.

El rostro personal de cada hombre es la contrapartida de la *ausencia* que impera en nuestros tiempos inundado de nihilismo, su *presencia* es la única significación que constituye la totalidad temporalidad y concreta frente a las abstracciones y degradaciones que han provocado los sistemas modernos de dominación y alienación.

¹⁶⁰ De la Torre Rangel, Jesús Antonio, *Op. cit.*, p. 27.

El “ver” al hombre como persona implica no verlo como objeto moldeado por fuerzas impersonales sólo obedientes a las leyes estadísticas y causales, ni tampoco mirarlo desde un todo único y abstracto, sino desde su ámbito concreto-histórico y desde su singularidad única e inalienable que lo constituye como un ser digno y merecedor de respeto.

Ser persona es estar constituido por dos dimensiones intrínsecas de la existencia, la *ipseidad* y la *otredad*. Cada persona concreta es “autonomía relacional”, un “ser situado” entre otros seres sin dejar de ser “sí mismo”, está llamado junto-con-ellos a la interdependencia recíproca. El ámbito de la persona no está constituido por un “yo” propietario ni utilitarista, pues no concibe al mundo y a los demás como “mis” propiedades, “mis” cosas”, pues es lo contrario del individuo moderno gregario, que en palabras de Octavio Paz, es “esa extraña unanimidad hecha de la exasperación del yo y de la negación de los otros”¹⁶¹. Sino que busca la interrelación reverencial, desde su propia libertad y responsabilidad, con los demás y con el mundo, no construyendo distancias, sino *proximidades*, el cara a cara del hombre con el hombre, que instauren el encuentro y el diálogo con los otros.

Así, la raíz de la persona se halla en el hecho de ser un yo que busca a un *tú* concreto, para comunicarse en una esfera común: “Podemos aproximarnos a la respuesta de la pregunta *¿Qué es el hombre?* Si acertamos a comprenderlo como el ser en cuya dialógica, en cuyo *estar-dos-en-recíproca-presencia* se realiza y se reconoce cada vez el encuentro del *uno* con el *otro*”¹⁶². La persona no sólo es ser, sino sobre todo ser-con. La existencia humana es apertura hacia el “otro” y ese “alter” con el que se relaciona es un “sí mismo” con una estructura análoga a la propia. De esta manera, la persona se desarrolla en una dinámica intersubjetiva del “yo-tú” y en el comunitario “nosotros”.

La persona busca la comunidad con otras personas en la afirmación concreta y coherente de una forma de vida en un lugar concreto, nunca se da sin el *tú* ni el *nosotros*. La comunidad no es una multitud, una coalición, ni mucho menos un conglome-

¹⁶¹ Cfr. Paz, Octavio, “La democracia: lo absoluto y lo relativo”, en *Vuelta*, México, no. 184, 1992, p. 12.

¹⁶² Buber, Martín, *¿Qué es el hombre?*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), 2000, pp. 150-151.

rado de masas, sino que es el lugar donde el ser humano se desarrolla libre y responsablemente como persona.

E. De la dignidad de la persona humana

La dignidad es un valor supremo, irreductible, propio de la condición personal. En efecto, *dignitas est de absolute dictis*, la dignidad corresponde a lo que se afirma de manera absoluta, es decir, a aquello que es *principio o punto de partida* por surgir desde sí mismo, por apoyarse en sí¹⁶³, esto es, por ser persona.

La dignidad como tal indica, que es un *principio* para la vida humana (moral y derechos incluidos). Esta dignidad se afirma desde la *suidad* de la persona, en su mismidad y propiedad. Así, es digno el hombre por el sólo hecho de ser persona, puesto que “el hombre no es persona porque obre moralmente de forma autónoma, sino que es justo al contrario: por ser persona puede obrar responsable y libremente”¹⁶⁴. Ya que la persona, como diría Tomás de Aquino, “significa lo más perfecto que hay”¹⁶⁵, precisamente porque es digno, porque ser persona implica de suyo una gran dignidad, inviolable e inalienable¹⁶⁶, porque es valioso por sí mismo.

La dignidad de la persona exige un trato por lo que es, y no por aquello a lo que ha sido reducida, o por una cierta concepción antropológica que se tenga del hombre, pues la persona escapa a toda concepción, precisamente, porque es una realidad indefinible, por no ser un objeto, pero no por ser indefinible no significa que sea indecible e indescriptible. De hecho, si aceptamos que la persona es lo que no puede ser definible o ser tratado como cosa, es precisamente, porque nunca puede ser utilizada, nunca puede ser un medio sino un fin en sí. Y también porque la persona no es un ser acabado, sino que *debe hacerse a sí misma*.

¹⁶³ Guerra, Rodrigo, *Afirmar a la persona por sí misma. La dignidad como fundamento de los derechos de la persona*, México, CNDH, 2003, p. 99.

¹⁶⁴ Moreno Villa, Mariano, *Op. cit.*, p. 167.

¹⁶⁵ Cfr. De Aquino, Santo Tomás, *Suma de Teología I*, Madrid, BAC, 2001, p. 326.

¹⁶⁶ Beuchot, Mauricio, *Filosofía y derechos humanos*, México, Siglo XXI editores, 2004, p. 50.

LA DISCRIMINACIÓN: VIOLENCIA Y NEGACIÓN DEL OTRO ALGUNAS CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS

Por consiguiente, el hombre es digno por ser persona, por ello, al decir de Jacques Maritain:

La persona tiene derechos, por el mismo hecho de que es una persona, un todo dueño de sí mismo y de sus actos y que, por consiguiente, no es solamente un medio, sino un fin, un fin que debe ser tratado como tal. La dignidad de la persona humana, no querría decir nada si no significa que, a través de la ley natural, la persona tiene derecho a ser respetada y que es sujeto de derecho, posee derechos¹⁶⁷.

Puesto que la persona posee derechos, también tiene obligaciones para con los demás, dijimos que la persona no es un ser abocado a su propio *yo*, sino que está en dirección a *los demás*, por esto, es por lo que “debe quedar claro que siempre que hablamos de derechos, implícitamente aludimos también a los deberes u obligaciones. Todo derecho tiene como correlativo un deber o una obligación”¹⁶⁸. Decía Simone Weil que los derechos auténticos de los demás son mis deberes, pues, “la noción de obligación prima sobre el derecho, que está subordinado a ella. Un derecho no es eficaz por sí mismo, sino sólo por la obligación que le corresponde”¹⁶⁹. Así, la relación de la persona está dirigida de un *yo* hacia un *tú*, una relación que requiere un compromiso y una responsabilidad de fraternidad para con el *otro*, y es ahí donde surge la fuente de la justicia y la mirada directa al rostro del hombre, por ser digno. Ahí donde la dignidad del *otro* es respetada y aceptada, los derechos humanos se hacen realidad.

F. El reclamo del otro como el principio de la justicia

De la dignidad de los *otros* es donde surge el reclamo para ser respetados y no violentados ni discriminados. Desde el *otro* radicalizado como el pobre, oprimido, que padece real, históricamente, la ausencia de sus derechos. Lo fundamental no está en la proclamación de lo derechos humanos, sino en que éstos sean justos para toda persona. El otro provoca a la justicia, es decir, llama, impela, evoca. Así, todo derecho debe estar fundado en la dignidad del *otro*, del ser humano como tal, para que la justicia sea solicitada por el que no la tiene, por el que padece de injusticias, por el pobre, por el *inequívocamente otro*.

¹⁶⁷ Cfr. Maritain, Jacques, *Los derechos del hombre*, Madrid, Palabra, 2001, p. 58.

¹⁶⁸ De la Torre Rangel, Jesús Antonio, *Op. cit.*, p. 36.

¹⁶⁹ Cfr. Weil, Simone, *Echar raíces*, Madrid, Trotta, 1996, p. 23.

El principio de la justicia es el reconocimiento del *otro* como *otro*, no sólo es dar a cada uno lo que merece dentro del Derecho y el orden vigente, sino que otorga a cada uno lo que merece en su dignidad, naciendo del reclamo y de la denuncia incesante ante el orden injusto establecido. Por el hecho de ser *otro* provoca a la justicia exigiendo sus derechos. De esta manera, “la *justicia real* viene exigida desde la exterioridad; desde los derechos del otro”¹⁷⁰. Y por esto, “el acto propio de la justicia no es otra cosa que dar a cada uno lo suyo”¹⁷¹, lo que al otro le ha sido arrebatado, negado, ignorado, en este caso, su dignidad propia.

7. A modo de conclusión: de la tolerancia hacia una cultura de la hospitalidad

En nuestros días la práctica de la tolerancia parece una condición esencial para la paz entre los individuos y los pueblos. Y una forma más para prevenir la discriminación. Sin embargo, ¿ésta es la única forma, no ya de prevenir sino de afrontar los actos discriminatorios? Porque lo que se trata no es de prevenir, sino de afrontar el problema desde la situación humana actual. Prevenir a veces es eludir la problemática de una situación. Hoy en día es necesario y urgente que el hombre se esfuerce en buscar una civilización realmente fraterna, equitativa y justa.

Si bien, la tolerancia es: “no eres como debes ser, no tienes el color de piel apropiado, la religión pertinente, la manera de comportarte adecuada, pero, yo soy tan generoso, soy tan civilizado, que te tolero, te puedes quedar aquí”¹⁷², también puede ser una actitud de indiferencia hacia el *otro*, un paliativo a la ausencia del amor dentro de nuestra sociedad. Podríamos preguntarnos, ¿hasta dónde la tolerancia es tolerable? Por ejemplo, si podemos tolerar aquellos que pertenecen a una religión distinta a la nuestra, a aquellos que son de otro color y de otra raza, por qué no tolerar los avances de la manipulación genética, la clonación, por qué no también tolerar el racismo, la tortura y la discriminación. Siguiendo a Javier Sicilia:

¹⁷⁰ De la Torre Rangel, Jesús Antonio, *Op. cit.*, p. 101.

¹⁷¹ De Aquino, Santo Tomás, *Suma de Teología III*, Madrid; BAC, 1990, p. 486.

¹⁷² Esteva, Gustavo, “Resistencia indígena y filosofía gandhiana: entre autonomía e interdependencia”, en: www.sipaz.org/documentos/gandi/esteva_esp.htm. 10 de octubre de 2007.

LA DISCRIMINACIÓN: VIOLENCIA Y NEGACIÓN DEL OTRO ALGUNAS CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS

..una tolerancia universal, como bien dice Compte-Sponville, sería sin duda moralmente condenable, porque olvidaría a las víctimas, las abandonaría a su suerte, dejaría la puerta abierta a su eterna humillación. Tolerar el sufrimiento del otro, tolerar la justicia de la que uno no es víctima, tolerar un horror que nos elude, ya no es tolerancia, es egoísmo, es indiferencia¹⁷³.

Por eso la actitud tolerante muchas veces es una forma de eludir el problema, de despreocuparse por el otro y negarle la acogida. Tolerancia no es pasividad.

Por ello, es preciso ir de la tolerancia a la hospitalidad como una forma de abrir el horizonte propiamente humano y de contrarrestar las amenazas latentes de los rostros de la violencia, como la discriminación, y de buscar la equidad entre todas las personas. “Ser hospitalario -señala Gustavo Esteva- no quiere decir seguir al otro, imitar al otro, admirar al otro; implica abrirle los brazos al otro y reconocerle que tiene su lugar, que tiene su espacio”¹⁷⁴. Hoy es urgente abrirnos radicalmente desde la alteridad hacia el otro, y aceptarla de manera sustantiva convencidos de ello. La hospitalidad, tanto la que se recibe como la que se imparte, crea relaciones entre las personas y lugares únicos.

Remontémonos a la Odisea de Homero donde relata la hospitalidad de la Grecia prealfabética:

Atenea tocóle [...] con una varita. La diosa le arrugó el hermoso cutis en los ágiles miembros, le rayó de la cabeza los blondos cabellos, púsole la piel de todo el cuerpo de tal forma que parecía la de un anciano, hizole sarnosos los ojos antes tan bellos...¹⁷⁵

De esta forma no pudieron reconocer los sujetos a Odiseo, que arrastrado sobre la montaña escarpada más allá de la playa, una banda de perros amenazaron con descuartizarlo, pero Eumeo, el porquerizo, los ahuyentó.

...el divinal porquerizo guióle a la cabaña, introdujóle en ella, e hizo sentar, después de esparcir por el suelo muchas ramas secas, las cuáles cubrió con la piel de una cabra montés grande, vellosa y tupida que le servía de lecho... ¡Oh forastero! No me es lícito despreciar al huésped que se

¹⁷³ Cfr. Sicilia, Javier, “Tolerancia y democracia”, en *Proceso*, no. 1534 (2006), p. 73.

¹⁷⁴ Cfr. Esteva, Gustavo, *Op. cit.*

¹⁷⁵ Homero, *La Odisea*, México, Porrúa, 1993, p. 101.

presente aunque sea más miserable que tú, pues son de Zeus todos los forasteros y todos los pobres. Cualquier donación nuestra le es grata, aunque sea exigua...¹⁷⁶

El forastero es todo hombre necesitado. Para Zeus todos los griegos son iguales, se encuentran al mismo nivel. “Nivelar” señala Iván Illich:

Es el significado de la raíz indoeuropea *ghosti*, de la que derivan las palabras inglesas *guest*, *host* y *hostility*. Zeus es el anfitrión (*guestmaster*) divino, el *hos-pit*. Eumeo, hospitalario en su choza, cumple con el mandato de Zeus. La segunda parte de la palabra, *pit* o *pot* significa poder, más precisamente, el detentador del poder, el maestro de la casa, del clan, del lugar, totalmente él mismo (*ipsissimus*)¹⁷⁷.

Para su huésped, Eumeo representa el *gos-po-dar*, es decir, el señor, el que lo recibe en su casa, en su hogar, llevándole *adentro* desde fuera, abriéndole la puerta para conducirlo al umbral del acogimiento.

También en la Biblia se nos narra una historia semejante a la de la *Odisea*, pero con diferentes matices aunque con el mismo sentido de hospitalidad:

Un hombre iba por el camino de Jerusalén a Jericó y unos bandidos lo asaltaron [...] y lo dejaron medio muerto [...]. Un sacerdote pasaba por el mismo, pero al verlo dio un rodeo y siguió adelante. Un levita [hizo lo mismo]. Pero un hombre de samaria [...] al verlo sintió compasión. Se acercó a él, le curó las heridas con aceite y vino y le puso vendas. Luego lo subió a su cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó [...]¹⁷⁸.

En el relato anterior, el hombre de samaria “vio” al otro, lo reconoció como su semejante, no “vio” al hombre tirado sino al rostro personal de aquél hombre, lo miró *cara a cara*, y por eso tuvo compasión. Además no sólo lo llevó a un alojamiento, sino que lo cuidó, es decir, lo colocó en el umbral del acogimiento.

En la hospitalidad el otro es reconocido como lo que es: un ser humano, digno de respeto, que llama, que evoca al diálogo y a la aceptación. La hospitalidad es un trato entre iguales, se basa

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 102-103.

¹⁷⁷ Cfr. Illich, Iván, “La hospitalidad y el dolor”, en *Ixtus*, no. 38 (2003), p.13.

¹⁷⁸ Lucas 10, 30-34.

LA DISCRIMINACIÓN: VIOLENCIA Y NEGACIÓN DEL OTRO
ALGUNAS CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS

siempre en la *xenofilia*, el amor al *xenos*, el “forastero”, el *otro*, que en realidad es un hombre como yo. Este trato de igualdad también significa su reconocimiento como hombre digno y merecedor de derechos, apela al respeto y a la fraternidad. Así, la hospitalidad es el abrigo del hombre para con el hombre.

Ser hospitalario, en primera instancia es aceptar al *otro* como *otro*, es anegar los prejuicios que pueda albergar con la fraternidad del *otro*, por lo tanto es el principio para afrontar la discriminación, que no es otra cosa más que la negación del otro, pero también, es esa mirada ciega que no quiere mirar *cara a cara* el rostro del otro, ahí donde el hombre reconoce la dignidad que reside en cualquier persona.

Es necesario construir una sociedad más humana constituida por personas apasionadas por el destino de los hombres. Abrir nuestra presencia a la presencia del *otro*, para superar el vacío, el hueco, la distancia de la diferencia.

No podríamos concluir este trabajo sin antes recordar unas palabras del filósofo francés Emmanuel Mounier, quien afirmaba que: “el rasgo fundamental del hombre, sea o no político, ha de ser descubrir al prójimo”.